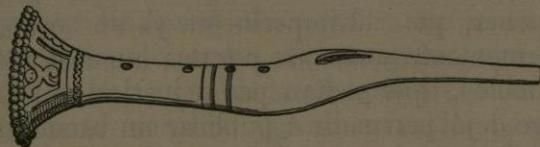


especialmente en su confirmacion del 3 de Octubre de 1865; con mayor seguridad cuando causó entre otras ejecuciones las de los prominentes generales Arteaga y Salazar. Esto bastó para borrar toda buena impresion que se hubiera logrado con las medidas liberales y conciliadoras hasta allí dictadas, dejando en su lugar la mas acerba enemistad.

Solo servirá para poner en evidencia la poca sabiduría de la titulada superioridad de la cultura mas antigua, ya convertida en egoismo en medio de su mayor riqueza y saber, esa serie de errores crasos, de planes sabios y elevados que se vuelven leyes inaplicables, pasos mal dirigidos, y resultados desastrosos. El austriaco ofendió gravemente al partido de quien dependia principalmente para su sosten, haciendo la corte libremente á la oposicion; agriando al clero con su extremado radicalismo; creando el desafecto en el ejército que habia de ser su mas fuerte apoyo, con proyectos mal aconsejados; depauperando sus fuerzas con el despilfarro por un lado, y una falsa economía por el otro; abrumando al país con deudas, é irritando á los republicanos con crueles decretos.

Las causas que lo hicieron fracasar se encuentran en su falta de conocimiento de aquellos pueblos por un lado, y por otro en sus irreflexivas tentativas para establecer reformas que demandaban tiempo y cautela; pero sobre todo, en su falsa posicion, ocupando un trono sostenido por bayonetas doblemente odiosas, y rodeado por consejeros egoistas y taimados; á todo lo cual se agregaron las dificultades de las finanzas y las de las facciones.



CAPÍTULO XVII.

DEFENSA DE OAJACA.

CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO LIBERAL EN EL SUR—EL GENERAL DIAZ EN OAJACA—EL GRUESO DEL EJÉRCITO FRANCÉS MARCHA CONTRA ÉL—BAZAINE TOMA EL MANDO EN PERSONA—DIAZ DETERMINA DEFENDER LA CIUDAD—SU BOMBARDEO—DESASTRES Y DESERCIÓN—IRRUPCIONES DE LOS ZUAVOS—REDÓBLANSE LOS ESFUERZOS PARA SALVAR LA CIUDAD—ENTREVISTA DE DIAZ Y BAZAINE—LOS PRISIONEROS SON DIEZMADOS—TRASLACION DE LOS OFICIALES Á PUEBLA—FUGA DE DIAZ

En medio de la serie de reveses sufridos por los republicanos, la única excepcion brillante, y el único obstáculo verdadero que hasta aquí se habia presentado á las fuerzas imperialistas, fueron las operaciones del general Diaz.

Habia establecido su cuartel general en Oajaca para dirigir desde allí la administracion y defensa de los varios distritos al sur y al este, nombrando y colocando gobernadores y comandantes militares hábiles y bien dispuestos á llevar á cabo sus planes. No transcurrió mucho tiempo ántes de que tuviera, además de las fuerzas distribuidas en los diferentes estados y localidades, un cuerpo de ejército bien armado de 3,000 hombres, y su caja militar en condicion de mantenerlo en buen orden, y en armonía con las autoridades civiles.

Varios triunfos militares vinieron á coronar sus esfuerzos y á sostener la organizacion. El general García en La Laja casi concluyó con una columna francesa juntamente con su jefe y otros oficiales; el general Salinas, que habia sido jefe del general Diaz, y estaba ahora subalternado á él, se mantuvo muy bien

en Chiapas, y el coronel Mendez ganó una batalla decisiva en Chautalpan á un cuerpo de ejército de franco-imperiales. Tabasco habia sido invadido, pero con la ayuda de refuerzos de Oajaca la capital fué tomada á principios de 1864, quedando los franceses restringidos á un bloqueo de la boca del rio, mientras los republicanos sacaban ventaja hasta bien al interior en los distritos del sur de Veracruz. En el remoto Yucatan, no obstante, con su vastísima costa, los buques daban á los imperialistas ventajas para continuar posesionados de él.

Este buen éxito y la evidentemente buena organización del sur, desanimaron al enemigo induciéndole á volver su atención casi por completo al norte y al oeste. Diaz naturalmente aprovechó la oportunidad de extender su esfera de operaciones capturando á Huajuapán, Teotitlán, y Zoyaltepec. Ese avance no podia, sin embargo, dejarse pasar desapercibido, y el general Brincourt que mandaba en Puebla fué comisionado para tener á Diaz en jaque. L'Hurbal y Giraud se aproximaron por consiguiente con fuerzas tan numerosas que obligaron á las guarniciones á retirarse el 1° de Agosto de los dos primeros lugares. Diaz contuvo ya mas el avance de los franceses yendo apresuradamente con un cuerpo ligero de ejército al auxilio de los suyos. Con este pasó Huajuapán á marchas forzadas y cayó sobre un convoy francés en Nauahuatipán, capturando su tren, y obligándolo á meterse en el pueblo, donde con la pérdida de 50 hombres y bajo el fuego de sus propios cañones estaba ya rindiéndose cuando le llegó un refuerzo considerable que obligó á los sitiadores á retirarse sin ser apenas molestados. Este suceso y la proximidad de los liberales hizo que los franceses se viesan imposibilitados de avanzar durante cuatro meses.

Bien penetrados de la aptitud y fuerza del general Diaz, quien era demasiado peligroso para aproximarse con ese descuido que mostraban los franceses en otros lugares, los acabó de convencer de la necesidad

de ponerlo fuera de combate. Se fraguó consiguientemente una campaña en que se ocuparon varios meses en costosos preparativos, reconocimientos, acopio de provisiones de boca y guerra, y compostura de caminos. Durante su largo período de ocupación del país ninguna de sus operaciones igualó á esta en la magnitud de los preliminares, pues que los gastos de transporte solamente montaron á \$400,000.

Para Diciembre de 1864 los caminos estaban abiertos hasta Yauhuitlán, y teniendo bastantes fuerzas disponibles se destacaron tres columnas sobre Oajaca; la principal que formaba el grueso de la expedición salió de Teotitlán al mando del general L'Hurbal; la otra de Orizaba y Méjico. La vanguardia llegó con marchas sigilosas al valle de Etlá; con todo, no sin dejar su primera sangre al coronel Félix Diaz, quien con su caballería los atacó poniéndolos en fuga, capturando el campo y matando entre otros al conde de Loire. Este golpe fué seguido por la precipitación en las disposiciones para sitiar á Oajaca que empezó á principios de 1865 disputándose entre otros puntos la posesión de la hacienda de Aguilera. Habiendo sido desalojada la primera fuerza al mando de Carbó, Diaz personalmente avanzó y dió un asalto al lugar, adquiriendo no poca gloria á la vez que infundiendo gran respeto.

Como tanto dependia de esta empresa, Bazaine se resolvió á salir y tomar el mando en persona. Aparece tambien que confiando en el buen resultado, quiso asegurar para sí el mérito de vencer al adversario mas formidable de los imperialistas. Estuvo aun próximo á perder el mando, porque sabedor Diaz de que marchaba con un cuerpo comparativamente pequeño, despachó á su hermano con 800 caballos para intentar su captura. Don Félix acogió la empresa con entusiasmo, y tomó puestos cerca del descanso de un paso, donde su caballería podia maniobrar bien. Desgraciadamente, la mayor parte de su fuerza habia sido reclutada en los distritos del norte, al mando de un jefe que era no solo de índole independiente y

recelosa, sino que estaba desmoralizado por sus encuentros anteriores con los zuavos. Durante la noche este hombre se desertó miserablemente con 600 hombres, inutilizando así el resto de la fuerza para el ataque. Por consiguiente, Bazaine se salvó del peligro y se incorporó á su ejército.

No fué solo la desercion lo que hizo peligrar las operaciones de los liberales. Hacia tiempo que varias comisiones imperialistas trabajaban, valiéndose del soborno y de la intimidacion entre los republicanos, con que lograron que varios cuerpos auxiliares procedentes de Tehuantepec y Miahuatlan abandonaran las filas, declarándose los primeros abiertamente por la intervencion. Al mismo Diaz se le acercó un traidor de alta categoría, hablándole en favor de Maximiliano, quien le ofrecia el mismo mando superior que entónces tenia, con privilegios y libertad absoluta de toda ingerencia de parte de los militares ó consejeros extranjeros, si reconocia el imperio. Él ni siquiera se dignó contestar.

Bazaine estableció su cuartel general en la Hacienda Blanca, y el 17 de Enero de 1865 dictó sus medidas para estrechar enérgicamente la línea de circunvalacion, con una fuerza compuesta, segun el cálculo de Diaz, de 12,000 franceses, con algunos miles de aliados y 40 piezas de artillería. Los escritores franceses rebajan el número á 6,000 con 26 cañones, pero confiesan que habia un gran número de auxiliares mejicanos, sin contar la multitud de indios obligados á trabajar en las fortificaciones y acarrear víveres. La fuerza de Diaz la numeran en 3,000 veteranos y otros tantos del contingente de la sierra; pero Diaz asegura haber sido solo 3,000 por todos. De cualquiera manera que sea, el ejército sitiador era superior en número. El general Diaz por un momento vaciló en la eleccion entre los varios planes que se le presentaban como mas convenientes: hacer resistencia á pié firme á campo raso, retirarse á los cerros, ó defender la ciudad; pero como estaba bien definida la superio-

ridad del enemigo en número, disciplina, y armamento, comprendió desde luego lo descabellado de provocar una batalla campal. Abandonar su posicion ventajosa y fuerte en Oajaca sin haber siquiera dado un golpe, se consideraría como que habia faltado á su deber, por lo cual resolvió defender la plaza; de este modo atajaría el rápido avance y ocupacion de los distritos por las fuerzas imperiales, embarazando al mismo tiempo los movimientos militares contra otros lugares. No dejó de abrigar esperanzas de que entre tanto algun azar de la guerra obligase al enemigo á levantar el sitio, ó de que á él mismo se le ofreciese modo de abrirse camino para la sierra. Oportunamente habia tomado sus medidas para fortalecer su posicion, trasformando la ciudad y los cerros vecinos en un campo fortificado, por lo que se vieron obligados los habitantes á buscar asilo en otra parte.

Acordándose de la tenaz resistencia de Puebla, volvió á dar señales del aplomo y acierto en sus disposiciones, que tanto contribuyeron allá á realzar su fama. Los edificios de los suburbios fueron reducidos á material para fortalecer las defensas interiores con barricadas y parapetos, entre los cuales descollaban las paredes de las casas con numerosas troneras, que servian principalmente de cortinas á los cuatro grandes conventos de Santo Domingo, la Merced, San Francisco, y la Soledad, los cuales se elevaban como centinelas en los cuatro puntos cardinales de la poblacion. En los cerros al norte, y dominando la ciudad, se elevaban algunos fuertes, siendo muy notable el de la Soledad que media 170 metros sobre el nivel de la plaza; el fuerte de mampostería de Zaragoza, con su fortin de tierra la Libertad, situado á 200 metros enfrente de él; media milla hácia el norte en el dominante Cerro Primero, un reducto cuadrado, y en la altura contigua una obra sin concluir, todos bien protegidos, lo mismo que varios otros puntos alrededor de la ciudad, por un sistema competente de minas, fosos con estacas, cercos de picas, y otros medios.

Los franceses formaban trincheras en todas direcciones y gradualmente estrechaban la línea de circunvalación. Escamados por las salidas rápidas y audaces de Diaz tenian cuidado de proteger cada punto con fortines, de manera que se pudiesen sostener el tiempo necesario hasta que les llegasen refuerzos. Bazaine estaba resuelto á no dejar nada al acaso, sino ir siempre á lo seguro. De ese modo se fué aproximando á los fuertes de los cerros, y durante la noche hacia montar baterías en varios puntos y cortar los acueductos, á pesar del fuego nutrido que los sitiados hacian constantemente. El 4 de Febrero se comenzó el bombardeo sobre la poblacion con una furia terrible, arrojando una lluvia incesante de balas, granadas, y metralla, que en vertiginosas curvas silbaban y rugian, marcando su curso con el encendido estopin y las luminosas mechas, y causando la destruccion de paredes y desparramamiento de los escombros. Nubes del polvo acumulado en varios sitios se levantaban por los aires como para encubrir aquella desolacion, echando un manto sobre los muertos y heridos. Mas arriba se veia el humo formando un pabellon aun mas sombrío, miéntras que de entre las alturas del rededor resonaba el fragor de la lucha, que gradualmente se hacia mas sordo, hasta quedar en un gemido funerario, yéndose á perder en los lúgubres valles de Mitla, para revivir en los manes de héroes vencidos y deidades encantadas, un baile de muerte en este moderno siglo.

La noche no traía consigo el reposo, porque los au-laces zuavos se acercaban sigilosamente á las murallas, y guiados por las fogatas del campamento, disparaban sus certeros proyectiles entre los centinelas y las guardias, ó asaltaban algun punto descubierto, dejando siempre tras sí una huella de sangre. Enjaulados como fieras, los mejicanos tenian que descansar sobre las armas, con el oido siempre alerta, acosados por fantasmas tenaces, y atormentados al grado en que ya habria sido una dicha encontrarse con un enemigo

palpable, y buscar la muerte peleando con él cuerpo á cuerpo. Bien penetrado de la mala influencia que debia tener esa situacion, el general trató de distraer su gente y de mantener su espíritu con salidas bien calculadas, que no dieron, sin embargo, ningun resultado mas. Habiéndosele disminuido mucho el parque con el esfuerzo de impedir que avanzara la línea de circunvalacion, tuvo que fundir las campanas de las iglesias para hacer balas y para las minas, tomando además efectos de la iglesia y de otra clase para socorrer á sus soldados. Estas exacciones, así como la destruccion de los edificios para construir obras de defensa, ocasionaron el descontento entre la gente ménos patriota, que sin escrúpulo alguno empezó á murmurar y á desalentar al ejército, esparciendo especies sobre que el ejército sitiador cada dia crecia en número y elementos. El resultado fué la desercion, generalizándose hasta desbandarse y desaparecer cuerpos enteros, principiando entre las tropas auxiliares, á quienes no ligaba ningun vínculo, y siguiendo entre las demás, hasta que al fin algunas partidas en quienes se habia tenido confianza, y varios antiguos compañeros de armas se marcharon tambien. Durante un asalto del enemigo el teniente coronel Valadez cruzó la línea, y sin duda alguna le habria seguido la mayor parte de su gente á no haberse interpuesto el general que lo impidió. La defeccion en gran parte de la tropa no fué efecto de cobardía, sino del profundo desaliento que inspiraba aquella situacion desesperada, considerando que sería mejor buscar nuevas oportunidades en otra parte que no morir allí acorralados, ó mas tarde en una prision. Se refiere el caso de Carballido, teniente de artillería, que se desertó por seguir la campaña bajo el mando de un guerrillero. Diaz lo encontró despues, en época en que un ejemplar se habia hecho necesario, y ordenó que se le formara consejo de guerra, resultando que fué sentenciado á muerte. "General," exclamó el oficial, "estoy listo para morir, pero concédame que sea á su lado batiéndome con

el enemigo." Movido por esta súplica de un hombre realmente valiente, Díaz le permitió que ingresara á las filas como soldado raso. Sometiéndose desde entónces á toda clase de penalidades, sin proferir ni una queja, pronto ascendió á sargento; y en una expedicion que hicieron al sur de Oajaca recibió, por fin, la bala que tanto tiempo habia esperado. "Ya expié mi falta," prorumpió al caer moribundo. Pasada la batalla, le buscaron sus compañeros, encontrándole con la mano sobre el corazon, y segun refieren, se notaba en su fisonomía cierto aire de triunfo y satisfaccion.

Díaz redoblaba sus esfuerzos cuanto mas reducido era el número de los defensores por la desercion de los compañeros. Él casi nada descansaba, distribuyendo su tiempo en dictar sus disposiciones y en vigilar su ejecucion, haciendo rondas en la noche para inspeccionar las trincheras, recomendando las precauciones y animando á su gente. En una ocasion se alarmó mucho al hallar una larga línea de los terraplenes enteramente abandonada. Al tratar de distinguir en la oscuridad, le pareció ver y luego oír pasos de tropa que se acercaban del campo enemigo. Al momento avivó las fogatas para que creyeran que estaban guardados los puestos y se apresuró á cubrirlos.

Llegó á ponerse tan desesperado con su atolondrada tenacidad, que muchos ya creyeron que se proponia enterrarse bajo las ruinas de su ciudad natal. En verdad, la víspera de su rendicion se plantó en el techo del convento de San Francisco á hacerle frente con un obús á la batería francesa que barria el lugar. El puñado de hombres que tenian la pieza habian sufrido muchísimo y ya iban á abandonarla, cuando Díaz subió y los arengó: "Deteneos, mis valientes, no les dejeis ver las espaldas á los franceses," é hizo puntería con el obús. Silbaban las balas á millares y con rapidez, matando uno tras otro, hasta que solo quedó un sargento para ayudar al general á manejar el cañon. Su vida parecia encantada, pero no podia, sin embargo, permanecer allí mas tiempo sin que lo matasen. Los

oficiales le gritaban desde abajo implorándole que se retirara, hasta que por fin Gonzalez se le acercó, y haciendo uso de toda su oratoria logró persuadirle; hasta entónces no consintió Díaz en retirarse. La fortuna les habia vuelto la espalda por completo, porque habiéndose desertado hasta las tropas escogidas que sostenian las fortificaciones del Cerro, los franceses tomaron posesion de varios puntos, quedando la ciudad enteramente á merced de ellos, y la retirada de la guarnicion cortada. Visto el mal estado de la plaza, se prepararon para dar un asalto general el 9 de Febrero, y concluir de un solo golpe, si era posible, un sitio de varias semanas de duracion. El general Díaz vió que en la situacion en que se encontraba, pues solo tenia unos cuantos centenares de tropas debilitadas para resistir al numeroso ejército sitiador, el prolongar la resistencia sería sacrificar las vidas sin fruto: además la esperanza le animaba de que podría escaparse y servir de nuevo á su país. Estaba para darse la órden de ataque cuando se pidió capitulacion. Rehusada esta, el general Díaz, acompañado de dos coroneles, se presentó en el cuartel general de Bazaine, y le dijo: "No le proporcionaré á vd. una victoria final; la ciudad sucumbirá al primer ataque porque no tiene defensores: yo soy el único responsable de la resistencia que se ha hecho, y estoy á la disposicion de vd., pidiendo solo la debida consideracion para mis valientes compañeros y mi ciudad natal."

—"Cediendo antes, tal vez se hubiera vd. puesto bien con el gobierno y librándose del cargo de alta traicion contra su soberano," replicó Bazaine en un tono mezclado de respeto y sentimiento.

—"Nunca he tenido soberano," contestó Díaz con orgullo, "y seré siempre enemigo de los enemigos de mi país."

—"Podrá ser," dijo Bazaine irónicamente, "pero recuerde vd. que ha faltado á su palabra dada en Puebla."

—“Es falso,” exclamó el prisionero levantándose con altivez, “jamás he faltado á mi palabra.”

El comandante en jefe pidió que se trajera á la vista lo que constase sobre los prisioneros de guerra, y que se leyera la parte relativa al general Diaz. El ayudante titubeó y pasó el libro á Bazaine, quien leyó: “Juro defender la causa de la libertad y de mi país con toda mi energía, reconociendo el derecho de los franceses de vigilarme.” Cambió rápidamente de tono y con un saludo cortés se despidió del prisionero.

Los oficiales rendidos fueron enviados á Puebla, mientras que los soldados alegando haber sido forzados, se incorporaron en las filas imperialistas ó fueron dados de baja. El general Maugin, con algunos batallones, quedó encargado de reducir el resto del distrito, promover la restauracion de Oajaca y perseguir las partidas sueltas que merodeaban aun bajo Félix Diaz y Figueroa. Bazaine volvió á Méjico á celebrar la caida del primer general mejicano. La campaña debia haberse confiado á Brincourt, pero en ese caso, probablemente habria fracasado, pues el celoso general en jefe no hubiera concedido á un subordinado las fuerzas numerosas y otros elementos con que él mismo alcanzó el triunfo.

La escolta de los prisioneros que marchaban para Puebla la mandaba un mayor de zuavos, que tenia la cruel y cobarde complacencia de atormentarlos con indirectas y amenazas.

En Etla llegó un correo trayéndole un pliego que él leyó con una expresion de hondo pesar, á la vez que entre su tropa se oia el susurro de próximas ejecuciones. En un tono vacilante, semi-político, con la idea de hacerlo irónico, el mayor anunció á los prisioneros que tenia órdenes para conducirlos á la casa preparada recientemente para Bazaine, y tratarlos con toda clase de consideraciones.

Los temores de los prisioneros no disminuyeron al verse metidos en una galera sin ventanas y formados en línea contra la pared. Entónces se dejó oír la fatí-

dica órden: “Uno de cada diez,” y consiguientemente cada décimo hombre fué sacado de las filas. Esta escena fué repetida hasta que no quedó ya ni un solo hombre. Al dia siguiente volvieron á encontrarse todos reunidos: pues lo de la víspera solo habia sido una farsa para amedrentarlos.

El vizconde de Luellan se encargó en seguida de los prisioneros y los trató con las mayores atenciones. Se aproximó al general Diaz con marcada deferencia, y arregló conforme á sus deseos las horas de marcha y descanso.

En Puebla fueron inducidos los prisioneros, bajo la presion de amenazas, á firmar la promesa de permanecer neutrales durante la guerra, mediante lo cual obtuvieron su libertad, ó los mandaron á la frontera. Todos firmaron ménos el general Diaz, el Lic. Castellanos Sanchez, y el capitan Reguera, los cuales por haberse negado á hacerlo fueron devueltos á la prision.

Ya el general Diaz se habia escapado una vez del lugar en que lo tenian detenido, y conociéndolo bien empezó á calcular la manera de lograr su libertad. La fortaleza estaba fuertemente guarnecida, y rodeada á todos lados de fosos anchos, de modo que era indispensable que alguien le ayudara de afuera. Afortunadamente, se le proporcionó con oportunidad el auxilio, pues la poblacion no habia olvidado á su bizarro defensor de 1863, ni sus captores dejaban de acordarse de la consideracion con que trató á los prisioneros. Habiéndose, pues, hecho los arreglos definitivos, se fijó un dia para la fuga. Pero como si le hubiera sido denunciado el proyecto, el jefe ese mismo dia trasladó á Diaz, de Loreto al convento de la Concepcion, poniéndolo en una celda del entresuelo, donde habia en el centro un pocito de agua, cuyas cualidades medicinales le produjeron una vez alguna renta al convento. Aquí Diaz, con trabajo asiduo, horadó un pequeño pasaje hácia la calle. Casi estaba concluido cuando el comandante lo cambió al cuartel, donde sus esfuerzos tambien parece que fueron infructuosos.

Por este tiempo el conde Thum, gobernador de Puebla, marchó con una expedición para Cuernavaca, dejando encargado del mando al baron de Chismandie que siempre habia mostrado al prisionero una delicada deferencia. Viendo que las restricciones que le imponian en su retencion afectaban su salud y comodidad, pues aun el bañarse se lo interrumpian con una molesta vigilancia, el baron lo invitó á que le acompañara en sus paseos. Diaz aceptó una vez y despues se rehusó, fundándose en que mucha intimidad con los oficiales franceses podría ocasionar sospechas y dudas sobre su lealtad á la causa republicana. Chismandie le ofreció mayor libertad de accion si le daba su palabra privadamente que no se escaparía. Diaz le dió las gracias, diciendo: "Mi palabra dada privadamente me liga tanto como una promesa pública, y yo no puedo renunciar á aprovecharme de ningun incidente favorable que pueda presentárseme."

—"No obstante, vd. es caballero y amigo mio," replicó el otro, "y puede salir de su prision durante el dia volviendo al toque de retreta. Si vd. me compromete, tendré que sufrir las consecuencias."

Diaz consintió hasta que volvió Thum. El conde estaba de un humor negro, al cual daba rienda suelta de varias maneras, entre ellas haciendo saber al prisionero que desaprobaba las concesiones que se le habian hecho, y que consiguientemente sería mas vigilado y restringido que antes. Aun lo amenazó con usar hácia él de las represalias si no mandaba orden al general Lúcas para que tratase bien á los prisioneros que habia hecho en la última expedición. Diaz, con marcada indignacion, replicó que Chismandie bien sabia que él no abusaría de las consideraciones que se le tenian, y que no daría orden ninguna respecto á los traidores de su patria. La conducta del conde se adecuaba bien á los actos de una nacion y un ejército, que en pleno siglo diez y nueve y sin cuidarse del derecho ni de la decencia, trataba de imponer por la fuerza un gobierno odioso á un país libre. La única contesta-

cion de Thum fué mandar el prisionero al cuartel á un encierro mas rígido que nunca, conforme á la importancia que se le daba, puesto que toda proposicion para su canje se habia desechado.

No obstante esto, Diaz pudo mantenerse en inteligencia con sus amigos, miéntras le llegaba su vez. De cuando en cuando se notaba algun descuido en las guardias, y sabiendo que ciertos centinelas considerados entrarían de servicio el 20 de Setiembre, informó de ello á sus amigos. Al toque de retreta se quedó atrás y cuando oscureció bien se deslizó al patio. Estaba convenido que le tirarían un cabo para adentr del patio en el punto ménos expuesto. Al llegar punto convenido no halló el cabo, pero oyó un movimiento en la calle de San Roque que le hizo latir con fuerza el corazon. Sin embargo, al mismo tiempo un ruido del techo le indicó que se aproximaba el centinela y se escondió en un rincon, conteniendo la respiracion. Temió que sus amigos en la calle llamaran la atencion, pero el soldado se volvió y el sonido de sus pasos denotó que se alejaba. Diaz respiró ya mas libremente. Segunda vez buscó el cabo para volver á chasquearse; pues hasta ahora nada interrumpia el silencio en la calle. Los minutos le parecian horas. De pronto oyó unos golpecitos que lo guiaron hácia un cabo colgante, el cual agarró con un júbilo inexplicable. Un tiron del otro lado lo hizo apresurarse y con los piés descalzos escaló la pared. El centinela estaba á punto de volver, pero merced á la completa oscuridad en la calle, el prófugo logró pasar al otro lado sin ser visto. Al arrojarse en los brazos de sus amigos dejó caer en el patio dos cartas: una para Thum y otra para Chismandie. Al conde le hacia presente que le habia manifestado su intencion de escaparse y le desafiaba para el campo de batalla. Al baron le expresaba su gratitud mas profunda. Acto continuo salió precipitadamente de la poblacion antes de que se diera la alarma, y montando á caballo, echó á andar por veredas con un solo com-

pañero, en busca del antiguo teatro de sus hazañas, el sur de Puebla, sin detenerse en el tránsito para nada.

La precaucion no estuvo de mas; pues numerosas partidas enemigas salieron á perseguirle por todas direcciones, incitadas por el cebo de los diez mil pesos que se habian ofrecido por su captura, ó por una prueba convincente de que habia sido muerto. Por la razon de que conforme al infame decreto de 3 de Octubre de 1865, los oficiales imperialistas podian fusilar como bandidos á todos los republicanos sorprendidos con las armas en la mano, ó que fueran partidarios auxiliares de la causa, Diaz debia ponerse en salvo: otros generales casi tan importantes como él, Arteaga y Salazar, fueron pasados por las armas: patriotas, que por el solo hecho de defender la libertad de su patria contra la tiranía extranjera, fueron tenidos por criminales y asesinados á manos de un vástago de la mas avanzada civilizacion europea. Pero la retribucion justa y legal estaba ya próxima, como veremos luego; porque las detonaciones y el humo sulfúreo de los tiros que cortaron la vida á esos patriotas, llegaron á convertirse en una tormenta que á su debido tiempo abrumó al autor de tan sanguinario decreto.



VASIJAS DE BARRO—TULA.

CAPÍTULO XVIII.

REORGANIZACION DEL EJÉRCITO Y SUCESOS.

1865-1866.

REVESES REPUBLICANOS—DIAS NEGROS—LA CAMPAÑA DE ORIENTE—EFECTOS DE LA AUSENCIA—REÚNESE UN NUEVO EJÉRCITO—UNA VICTORIA SIN SANGRE—DISPOSICIONES DE DIAZ—MOVIMIENTOS IMPERIALISTAS—VIAJE DEL APÓSTOL DE LA LIBERTAD—PROBABILIDADES MAS BRILLANTES—ACTITUD DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE—NAPOLEON SE RETIRA—POSICION ANÓMALA DE MAXIMILIANO—DIPLOMACIA Y GUERRA—BATALLA DE NIAHUATLAN.

Los reveses sufridos por el general Diaz al principio de 1865, destruyeron el baluarte de la república; dias negros se cernieron sobre ella y decayó la esperanza. Los imperialistas habian recorrido todo el país, con excepcion de la faja extrema del norte, que llamaba su atencion principalmente porque el gobierno juarista sostenia allí una sombra de representacion republicana, defendida mas bien por la extension de desiertos en derredor suyo, que por los restos desparramados del ejército. Las guerrillas y partidas que recorrían otras partes, solo trataban de mantener el estandarte de la libertad en los puntos fuertes de la sierra.

Uno de los efectos inmediatos del triunfo de Bazaine fué ponerlo en condicion de dirigir sus esfuerzos ya indivisos, para echar á Juarez del país, y adquirir de este modo para Maximiliano el prestigio de ser el único jefe de gobierno, objeto de la mas alta importancia, especialmente con la mira de obtener el reconocimiento de los Estados Unidos.

Antes de cerrar el año de 1864, toda la region del N. E. habia sido sometida por el imperio, con accion